



Eduardo R. Castro Sánchez

# Traición 66

Vinciguerra / colección testimonios

Librería García Cambeiro



El Gral. de Brigada (R) Eduardo Rómulo Castro Sánchez nació en San Juan el 16 de junio de 1918. En marzo de 1936 ingresó becado en el Colegio Militar de la Nación y fue abanderado en 1937 y 1938 por haber obtenido durante dos años el más alto promedio en estudios y aptitudes militares.

El 28 de enero de 1939 egresó, ocupando el primer puesto de su promoción, como Subteniente del Arma de Artillería con las siguientes distinciones: Premio "Ministro de Guerra", "Premio Ministro de Justicia e Instrucción Pública al más alto promedio en las materias culturales", "Premio al más alto promedio en la Clasificación de Materias Militares", Premio "Institución Mitre", Premio "Círculo Militar", Premio "Asociación Pro Patria".

Después de su primer destino, el regimiento 6 de Artillería Escuela en Campo de Mayo, ingresó a la Escuela de Informaciones del Ejército (actualmente Inteligencia) de la que también egresó con el mayor promedio. Luego fue profesor de dicha escuela, de la Escuela de Gendarmería y de la de Informaciones de Aeronáutica. En 1947, en misión de servicio viajó a Francia, Inglaterra y Suiza, en 1948 pasó al Servicio de Informaciones del Ejército y en 1950 ingresó a la Escuela Superior de Guerra en la que se

graduó como Oficial de Estado Mayor. En 1952 fue destinado al Comando de la 5ª División de Ejército en Salta. En 1954 al Servicio de Informaciones de Ejército, en octubre de 1955 a Side y en diciembre fue jefe del 3er. Grupo de Artillería Pesada en La Paz, Entre Ríos. Luego Subdirector de la Escuela de Artillería en Córdoba, Director de la Escuela Superior de Informaciones de Ejército en Buenos Aires, Inspección General de Instrucción, siguió el VIII curso de Defensa Nacional en la Escuela Nacional de Guerra, fue vocal de los Tribunales Especiales de Honor de la ciudad de Buenos Aires, Jefe de Operaciones del Estado Mayor de Coordinación, y en mayo de 1962 Asesor Profesor del Colegio Interamericano de Defensa, en la ciudad de Washington, EE. UU. En 1963 Subsecretario de Estado de Guerra y el 22 de noviembre de 1965 Secretario de Estado de Guerra, hasta el 28 de junio de 1966 en que presentó su solicitud de retiro.

Después de alejarse del servicio activo fue nombrado presidente de la Comisión del Arma de Artillería y en noviembre de 2002 Decano de la Tropa Técnica de Inteligencia. Paralelamente fue presidente del Centro Sanjuanino de Buenos Aires, Vicepresidente de la Asociación Sarmientina, Miembro de Número y Asesor del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia y Vicepresidente Honorario del Museo Histórico Sarmiento.

Publicó *Localización por el Sonido* en colaboración con Fernando Sirolli, tradujo *La Batalla de Francia* de Henry Bidou, *Defensa* de von Leeb. Redactó numerosos artículos y dictó conferencias sobre temas históricos y militares.

Falleció en Buenos Aires, el 17 de enero de 2007.

## PRÓLOGO

Conocí a Eduardo Castro Sánchez, gracias a los buenos oficios de Emma Illia, en vísperas de la primavera de 1999, para ser más precisos, el sábado 11 de septiembre en horas de la mañana. Fue en su departamento de la avenida Pueyrredón donde comenzó una amistad con él y con Hebe Cisneros que se prolongaría en el tiempo. En aquel momento estaba realizando la investigación de campo para mi tesis doctoral y los testimonios orales de quienes habían participado del gobierno y de la oposición al presidente Arturo Illia resultaban claves para comprender el proceso político que culminaría con su derrocamiento. De esta forma, tras sucesivas visitas y largas horas compartidas, la relación personal se profundizó. En las animadas sobremesas de “la austera mesa del soldado” las diferencias que surgían de nuestras distintas perspectivas políticas sobre el presente y el pasado contribuyeron a forjar una amistad que se nutría de la diferencia ideológica, generacional y de la razonabilidad; del contraste y el intercambio. Eduardo, sin abdicar de sus posiciones y sin tratar de imponerse, comprendía desde la tolerancia, la paciente escucha y sus significativos silencios. Si se los sabía interpretar, eran verdaderos discursos.

Es así, que en cada encuentro se estableció una relación de profundo cariño y respeto por el ser humano y el impecable profesional; por el militar legalista, cuando serlo no era virtud ni normalidad sino, por el contrario, objeto de cuestionamientos y de críticas despiadadas. De esta manera conocí a quien había sido un honesto funcionario público que –en una urdiembre de “intereses creados”, oportunismos y traiciones– había permanecido fiel al presidente que lo designó. Es así que honró su palabra de honor empeñada en el juramento constitucional cuando asumió como Secretario de Guerra. Desde ese mismo

momento desestimó las sibilinas promesas de quienes lo tentaban con la gloria y los beneficios personales que le brindaría su adhesión al movimiento golpista cívico-militar. Luego de leer estas páginas no es aventurado conjeturar que su negativa a incorporarse a las huestes del golpismo retrasó el estallido de la sublevación. La adhesión del Secretario de Guerra hubiese coronado el éxito argumental de los insurrectos quienes habrían contado con la totalidad de la estructura militar como ejemplo de lo acertado de sus perspectivas. La caída del último bastión legalista habría arrasado, de manera inmediata, con el gobierno constitucional. Para ellos Castro Sánchez fue un escollo imposible de superar, la roca contra la que se estrellaron variados intentos; esas tendencias no pudieron cooptarlo para sus planes ya que hasta las últimas instancias mantuvo su posición antes que traicionar sus convicciones y a quienes confiaron en su trayectoria.

En el estudio que realizara junto con el capitán Santos Ferreira, sobre las consecuencias que resultarían de la instauración "de una dictadura militar en la Argentina" de 1962, podemos apreciar los principios legalistas que sostenían sectores de las fuerzas armadas que orientarán su futuro accionar; como así también las advertencias a sus camaradas de los nocivos efectos que el ejercicio de un gobierno militar desencadenaría en la Argentina. Con algunas variantes, producto del contexto, dichos argumentos se difundirían públicamente en el comunicado de la secretaría de guerra del 1 de abril de 1966. La "Revolución Argentina", con sus desatinos autoritarios, convertiría esos pronósticos en una cruel realidad.

Cuando el cronista nos revela minuciosamente los temas de las frecuentes reuniones de los altos mandos, advertimos con claridad, que se hallaban en un amenazante estado deliberativo: los generales, una vez más, se habían amotinado contra un presidente constitucional. Estos, lejos de transitar la proclamada senda del legalismo y la "profesionalidad", como si de un gobierno paralelo se tratase, tenían precisas propuestas para todos los temas de la agenda pública; reforzado este accionar por las plumas y tinteros, por las encuestas de opinión e inquietantes trascendidos de una prensa golpista. Las acciones del poder ejecutivo, que iniciaba un proceso de transición hacia la

democracia –no solo política sino también social y económica– eran constantemente cuestionadas y rechazadas. En este intrincado escenario institucional, con un poder militar hegemónico que se resistía a abandonar su rol de guardia pretoriana, el Secretario de Guerra asumió la difícil misión de atemperar dichas posturas a la vez que transmitir las, sin que constituyesen planteos al Dr. Arturo Illia. A su vez, el mandatario se disponía a restaurar la autonomía del poder civil, emancipándolo de las presiones que ejercían tanto legalistas como golpistas, de los tradicionales factores de poder y de los sectarismos partidarios.

Si *Traición 66* contiene en el relato un apartado que, amargamente, el autor titula como “Crónica de una frustración”, desde otro ángulo, paradójicamente, podemos percibir a este documentado ejercicio de memoria como la bitácora de un riesgoso derrotero, el minucioso relato de un denodado ejercicio de esperanza; de una apuesta por un futuro diferente al derrocamiento que pronosticaban la prensa diaria y semanal auspiciada por el imperio de los poderes corporativos. Sus acciones y desvelos fueron un intento por preservar la vigencia de la Constitución y la convivencia, por defender un proyecto alternativo al de la modernización autoritaria.

En el ejercicio del cargo debió sortear enormes dificultades, incluso desde momentos antes de jurar como Secretario de Guerra, cuando el Comandante en Jefe del Ejército le entregó su renuncia sin explicación alguna; la explicación la difundió la prensa: el legalista de 1962 ahora se encontraba libre de las ataduras constitucionales para encabezar la futura tiranía. En sus 218 días al frente de la Secretaría libró, en el frente militar, un desigual combate contra las prácticas políticas de una sociedad mayoritariamente autoritaria que encontró en Juan Carlos Onganía a su representativo conductor. La concordia y unión nacional, las reformas graduales para alcanzar la vigencia de una democracia plena fueron desechadas. De esta manera, triunfó la prédica acerca de la eficacia de un liderazgo mesiánico que “*manu militari*” resolvería, mediante un absolutismo cerril, los complejos problemas de esa “Argentina en el callejón”, como acertadamente la denominara Tulio Halperín Donghi.

Eduardo Castro Sánchez fue un demócrata convencido que renunció a su brillante carrera militar –jalonada por los más altos conceptos de sus superiores– en defensa de la Constitución. El autor de estas páginas actuó sin cálculo ni interés personal, actitud infrecuente; sin esperar ni exigir homenajes, halagos ni reparación alguna porque lo podemos contar entre aquellas personas para las cuales no existió sacrificio individual sino el cumplimiento del deber.

Miguel Ángel Taroncher  
*Mar del Plata, otoño de 2011*

Eduardo Rómulo Castro Sánchez fue un destacado oficial del arma de artillería. Vivió para su vocación militar y poco cabe decir de él fuera de ese campo y de los ineludibles compromisos que esa actitud entraña en relación con las instituciones de la patria: quiso ser un soldado y lo fue en plenitud, hasta alcanzar las palmas del generalato.

Las circunstancias arduas que la Argentina afrontaba en ese tiempo le otorgaron, por un momento, un protagonismo seguramente contrario a su voluntad íntima pero que asumió sin reservas, como derivado lógico de esa decisión vital de vestir uniforme. Entre 1965 y 1966 se desempeñó como Secretario de Guerra de Illia –fue el último funcionario que ejerció ese cargo– y vanamente intentó evitar el amenazante golpe de Estado que finalmente acabó con el mandato de ese presidente constitucional. En buena medida, *Traición 66* es el testimonio de ese esfuerzo fracasado y en cuanto tal, constituye un documento invaluable acerca de acontecimientos finalmente históricos, pues nos separa de ellos ya casi medio siglo.

La inmersión del Ejército en la política, las facciones que lo desgarraron, las tensiones entre el instinto disciplinario y la tradición civilista y la creciente tentación pretoriana; en fin, la vacua y enigmática figura de Onganía y la extraña adhesión que suscitaba en tan amplios sectores, surgen en estas páginas a la luz de un criterio que, obviamente, no ha querido ser sino una mirada personal. Pues *Traición 66* es, en realidad, un libro de memorias que atrapa recuerdos y visiones desde una perspectiva intransferible y única.

Fernando Sánchez Zinny

ISBN 978-950-843-843-0



9 789508 438430